



*Ofrecemos al lector la impresionante figura yacente con que Victorio Macho dejó inmortalizado el gesto sublime de la muerte de los santos. Obra cumbre de un arte sereno que convirtió la piedra en un expresivo gesto de dolor resignado.*

*Sencillez en los paños, fuerza patética y conmovida en el rostro, insuperable interpretación de unos pies descalzos. La gravedad de esta cabeza doblada por la muerte no quedó enmarcada como la del Conde de Orgaz, entre la opulenta capa pluvial de San Agustín ni la roja dalmática de San Esteban; quedó acariciada por la soledad austera de una celda; bajo la luz tamizada que desciende desde la altura, envolviendo en santidad franciscana los rasgos de aquel maravilloso ser.*

*En una sala especial de la «Roca Tarpeya» de Toledo, residencia museo del genial escultor, se encuentra la magnífica escultura. Al salir nos rodean las abejas; el olor de las violetas; los rosales en flor; la canción eterna del Tajo; el paisaje sereno y único de los cigarrales; ¿qué otro lugar de la Tierra pudo elegir el artista para LA MADRE y para su HERMANO MARCELO?*

## EL HERMANO MARCELO

Así quedó, de cuerpo y espíritu presente, callado y dulce como un humilde discípulo del Santo de Asís. Cayó desmayado y sin fuerza material sobre las almohadas de piedra blanca para convertirse en estatua yacente desde hace treinta y dos, trescientos o tres mil años —es lo mismo— porque él ya está sobre el tiempo.

Doncel de noble y esbelta figura marchitada por la larga y agónica fiebre que le fué consumiendo de tanto imaginar quimeras. Ahí está, ensimismado, envuelto en esa mortaja de hábito franciscano que hace

pensar en la nada de la ceniza; con la pesada capucha de granito gris que le circunda y oprime el cráneo, abrazado a su cruz sobre el yerto pecho hundido y el corazón petrificado. Con las huesudas manos de largos dedos entrelazados, que alguien que le amaba ocultó piadosamente entre las anchas mangas del sudario para que no sintiera tanto el frío tan frío de la muerte. Con su rostro aguileño y macerado de asceta castellano y los ojos abismados en ese más allá al que al morir nacemos, y esos sus descarnados pies de mármol, que muchos besa-

ron por parecerse a los de un Cristo crucificado, pies que dijérase, jamás se mancharon al caminar por la cruda realidad de este bajo mundo.

Ahí está ya, translúcido e incorrupto, sin nada en él en que se ceben los gusanos, como santificado e inmortalizado por el arte y el amor fraternos, con su tersa y pálida frente llena de sueños que le dan vida perdurable... Hace treinta y dos años que le ví así; él fué el primer familiar que me arrebató la muerte y ninguno de ellos me queda ya, que todos le siguieron como sombras a través del misterioso umbral de ese